

DOMINGO SEXTO DESPUES DE PENTECOSTES.

CONTIENE tantos misterios el oficio de este domingo, que su historia no puede menos de ser muy interesante, y llena de saludables instrucciones. El segundo milagro de la multiplicacion de los panes, cuando con siete solamente y unos pocos peces satisfizo Jesucristo á mas de cuatro mil personas, es el asunto del Evangelio de este dia, y en cuya consideracion se llama este domingo el de la multiplicacion milagrosa de los siete panes, diferente de la que refiere S. Juan cuando el Salvador con solos cinco panes y dos peces satisfizo á mas de cinco mil personas. La Epístola nos enseña cuál es la virtud del bautismo, y sus maravillosos efectos; y cuán inocente y edificante debe ser la vida de los que han sido bautizados. Esto nos dará ocasion para explicar las ceremonias del bautismo, todas á cual mas misteriosas y mas santas, y cuyo sentido ignoran un gran número entre los fieles.

Está tomado el introito de la misa del salmo 27, que es una oracion afectuosa del justo en la afliccion, el cual pone toda su confianza en Dios, bajo de cuya proteccion nada tiene que temer. Puede aplicarse este salmo á los justos perseguidos por los impíos, á Jesucristo tan maltratado por los judíos, y á la Iglesia perseguida por los paganos y por los herejes. David, inspirado por un espíritu profético, parece haber tenido presentes estos tres objetos manifestando sus sentimientos durante la persecucion injusta que sufría de parte de Saul, ó de su hijo Absalon, ó previendo lo que sufriria su pueblo algun dia durante su cautividad en Babilonia.

El Señor es la fortaleza de su pueblo, y á su proteccion especial es á la que el pueblo y el rey deben su salud. Salvad, Señor, á vuestro pueblo: vos que le habeis elegido por vuestra heredad, derramad sobre él vuestras bendiciones; cuidad de conducirle, y haced que siempre triunfe de sus enemigos. Yo no cesaré de dirigiros, Señor, mis clamores; respondedme, Dios mio, porque si permanecéis silencioso, me consideraré como aquellos á quienes encierra el sepulcro, que ya no pueden hacerse oír, ni pedir socorro. La ingenuidad con que el profeta representa á Dios sus necesidades, su confianza en su misericordia y en su auxilio, tan marcada en todos sus salmos, que la Iglesia elige cuasi siempre para el introito de la misa de la mayor parte de los domingos del año; todo esto nos demuestra con que simplicidad debemos esponer á Dios nuestras necesidades, y cuál es

la confianza de que deben estar animadas nuestras oraciones.

La Epístola contiene lo que S. Pablo escribe á los romanos en orden á la vida nueva de los que han sido bautizados, los cuales habiendo muerto al pecado por el bautismo deben tener gran cuidado de no dejarle revivir jamás.

Todos cuantos, dice, hemos sido bautizados en Jesucristo, todos hemos sido bautizados en su muerte: como si dijera, que solo por la sangre de Jesucristo, y por los méritos de su muerte, hemos sido lavados y limpios de la mancha del pecado, y que el bautismo no solo adquiere toda su eficacia de la muerte de Jesucristo, sino que él es el símbolo y la figura de ella. Por el bautismo representamos la muerte y la sepultura de Jesucristo, y por consiguiente debemos estar verdaderamente muertos al pecado, para vivir una vida nueva enteramente á ejemplo de Jesucristo resucitado. *Como por el bautismo, continua el santo Apóstol, hemos sido sepultados con él para morir, del mismo modo resucitemos y salgamos con él de esta especie de sepulcro para glorificar á Dios el resto de nuestros dias por la santidad de una nueva vida.* Alude S. Pablo á la inmersión en las aguas del bautismo, que es la figura de la muerte y de la sepultura del Salvador.

El bautismo que hoy se administra por la aspersion, se administraba en la primitiva Iglesia sumergiendo enteramente en el agua todo el cuerpo, de suerte que venia á quedar como sepultado en las aguas, como Jesucristo lo fué despues de su muerte en el sepulcro. Esta inmersión de todo el cuerpo representa de un modo mas sensible la sepultura del cuerpo del Salvador. Ahora bien, así como el Salvador no salió glorioso del sepulcro sino para no vivir ya mas que una vida del todo espiritual, impasible, inmortal, gloriosa; del mismo modo, no debe el cristiano salir de este baño saludable, de esta especie de sepulcro en el que ha sido sepultado sumergiéndole en él; no debe, repito, salir de este baño, sino para llevar una vida pura, inocente, resplandeciente en virtud, una vida enteramente contraria al espíritu y á las máximas del mundo, una vida, en fin, cristiana, animada del espíritu de Jesucristo.

Otra comparacion hace todavía S. Pablo, que explica aun mas el sentido de la primera. *No solamente, dice, hemos sido sepultados como Jesucristo; hemos sido tambien engertados en la semejanza de su muerte, y por consiguiente debemos ser tambien como engertados en la semejanza de su resurreccion.* Admiremos la fuerza, la energia y el sentido maravilloso de este término: engertados: *complantati*. Así como una pua vive dependientemente del árbol en que está engertada y de donde saca toda su

savia y su jugo, así también estando unidos á Jesucristo por el bautismo, como miembros del mismo cuerpo, es menester que él sea por su resurrección el principio y el modelo de nuestra resurrección espiritual á la vida de la gracia, como ha sido por su muerte el principio y el modelo de nuestra muerte espiritual al pecado. La pua muere, por decirlo así, separada del árbol del cual había nacido, y resucita unida al tronco del cual saca todo su alimento y su jugo. Preciso es, pues, que el bautismo produzca en nosotros lo mismo que representa por su ceremonia; esto es, que así como la ceremonia del bautismo representa la muerte, la sepultura y la resurrección gloriosa de Jesucristo, lo que se ve admirablemente bien en un engerto, puesto que la pua muere separada de su tronco primitivo, es sepultada ingiriéndola en el nuevo y resucita cuando arroja hojas, flores y frutos unida al nuevo árbol, del mismo modo es menester que por el bautismo participemos de estos tres estados. Que sea por inmersión, ó por aspersion, es preciso que no solo estemos muertos á la vida del pecado que habíamos recibido de Adán, la cual ha destruido Jesucristo con su muerte en la cruz, sino que es necesario que seamos también sepultados como lo fué Jesucristo después de su muerte; esto es, que seamos tan insensibles á todos los atractivos del pecado, como lo es un cuerpo en el sepulcro á todos los incentivos de los placeres de la vida: y como por la resurrección tomó Jesucristo una vida nueva, impasible, gloriosa, inmortal, del mismo modo la nueva vida de la gracia que recibimos por el bautismo, debe estar exenta de la flaqueza de la recaída y de la muerte espiritual del alma que causa el pecado. Esto es lo que el santo Apóstol prueba siempre alegóricamente en todo el resto de la Epístola.

El hombre viejo, dice, ha sido crucificado con Jesucristo. El hombre viejo es el hombre tal como nace de Adán, con el pecado y los hábitos viciosos que le inclinan al pecado. Este hombre viejo ha sido crucificado con Jesucristo, esto es, que habiendo Jesucristo satisfecho plenamente á la justicia de su Padre por su muerte en la cruz, ha destruido y como dado muerte al pecado; de modo que el pecador, por la aplicación que se le hace en el bautismo de los méritos de la muerte del Salvador, obtiene la remisión de sus pecados y es como mudado en un hombre nuevo por la infusión de la gracia santificante, mediante la cual deja de ser esclavo del demonio y se hace hijo de Dios; de pecador se hace justo; de hijo de ira, hijo amado con derecho á la herencia, heredero de Dios, coheredero del mismo Jesucristo, y he aquí lo que S. Pablo entiende cuando dice que por el bautismo, esto

es, por la aplicación que se nos hace en este sacramento de los méritos de la muerte de Jesucristo, queda destruido el cuerpo del pecado, lo que debe entenderse principalmente del pecado de origen, que es como el tronco y la raíz de todos los demás, y que el santo Apóstol llama cuerpo de pecado. Como la muerte natural nos descarga de toda servidumbre y de todo empeño civil, porque un muerto no es más esclavo; del mismo modo, dice S. Pablo, la muerte espiritual debe librarnos de toda sujeción y de toda servidumbre con respecto al pecado. Estamos muertos al pecado por el bautismo, luego no debemos ya ser esclavos del pecado.

Continuando S. Pablo la misma comparación de nuestra muerte espiritual al pecado, con la muerte y la sepultura de Jesucristo; y de nuestra resurrección á la vida de la gracia, con la resurrección gloriosa del Salvador del mundo, exhorta patéticamente á todos los fieles á que no pierdan esta nueva vida. *No ignorais*, les dice, *que Jesucristo, que ha resucitado, no muere ya, y que la muerte no tendrá ya dominio sobre él*. Tal es el modelo de nuestra resurrección y de nuestra perseverancia en la vida de la gracia; y como Jesucristo por su resurrección no vive ya más que una vida divina, gloriosa, inmortal, así también los que han resucitado por el bautismo á la vida de la gracia no deben ya perderla; no deben vivir ya más que para Dios; para amar y servir á Dios; su vida espiritual debe ser una vida pura, una vida cristiana; *porque*, como el mismo Apóstol escribía á los colosenses, *habeis sido muertos, y vuestra vida está escondida en Dios con Jesucristo*. Como si les dijera: vuestra vida está escondida en Dios: el mundo ve en vosotros una vida ordinaria y comun, no es esta de la que yo hablo; hablo de una vida enteramente espiritual y divina, escondida á los ojos de los hombres y únicamente conocida de Dios; esta es la vida de la fe y de la caridad que anima todas vuestras acciones y las hace agradables á Dios. En fin, Jesucristo no vive ya más que una vida gloriosa. *Así también vosotros consideraos en verdad muertos por el pecado, pero que vivís por Dios en Jesucristo nuestro Señor*. muriendo al pecado por el bautismo y la penitencia, espresamos en nosotros los tormentos y la muerte de Jesucristo; perseverando constantemente en la vida de la gracia, imitamos el ejemplo de la resurrección de Jesucristo. Hermanos míos, concluye S. Pablo, resucitados por el bautismo á la vida de la gracia, guardaos bien de perder nunca esta nueva vida por el pecado.

En toda esta Epístola trata S. Pablo de inspirar á todos los fieles un deseo ardiente y eficaz de conservar la gracia del bau-

tismo como el mas precioso de todos los tesoros, y de darles una idea justa de los efectos maravillosos del bautismo, cuyo mérito y precio ignoran la mayor parte de los mismos cristianos. No contribuye poco esta ignorancia tan universal en el dia de hoy, al desarreglo de las costumbres que tanto reina en el mundo. ¡Cuanto hay que no tienen mas que una nocion vaga é imperfecta de este sacramento, base y principio de la religion cristiana! Basta solo penetrarse bien del sentido misterioso y moral de todas las santas ceremonias que le acompañan, para formar de él una alta idea; es vergonzoso que los fieles ignoren lo que les hace cristianos; y para remediar esta criminal ignorancia he creído á propósito explicar aquí estas sagradas ceremonias, y desenvolver el misterio y el sentido de ellas.

Explicacion de las ceremonias del bautismo.

Llévase á la iglesia una vela apagada delante del niño que debe ser bautizado, para indicar que siendo todavia aquel niño esclavo del demonio por el pecado original en que ha sido concebido y en que ha nacido, está aun en las tinieblas. El bautismo únicamente es el que las disipa, y por esto se ha llamado el bautismo *iluminacion*, y el dia en que se bautizaban solemnemente todos los catecúmenos en la iglesia, se llamaba la fiesta de las santas luces; en el mismo sentido la fe se llama un don y una iluminacion del Espiritu Santo, y por la misma razon tambien en la mayor parte de las diócesis, la vela que precede al niño que va á ser bautizado, se lleva apagada cuando se va á la iglesia, y encendida cuando se vuelve de ella.

San Carlos en su admirable instruccion sobre el bautismo dice, que la razon porque el sacerdote defiende á la puerta de la iglesia á los que se presentan para recibir el bautismo, es porque son indignos de entrar en ella á causa del pecado original, que los hace hijos y esclavos del demonio. El lugar santo no admite mas que á los fieles; la casa de Dios no está abierta mas que para sus hijos. Dáseles á los bautizados un padrino y una madrina, para que éstos presenten á la iglesia á aquel que debe ser bautizado, le impongan el nombre, y sean testigos del bautismo; para responder en su nombre á la Iglesia, dicen los padres, y ser como su caucion de que cumplirá las promesas que hacen por él; en fin, para encargarse, en defecto de sus padres, de su instruccion en los puntos necesarios de la religion, y velar sobre su conducta. Por esto los concilios, y singularmente el primero de Milan, ordenan que los padrinos y las ma-

drinas sean gentes de bien y buenos católicos, y prohiben al padre y á la madre que sean padrinos ó madrinas del que es bautizado; no solo á causa de la alianza espiritual que contraen los padrinos y las madrinas con la persona que tienen en las fuentes bautismales, y con su padre y su madre, sino tambien porque siendo el bautismo un nacimiento espiritual para la persona que es reengendrada, la Iglesia quiere que tenga, por decirlo así, una madre y un padre espiritual á quien el niño deba el respeto y la obediencia. Es muy extraño que teniendo los padrinos y las madrinas obligaciones tan importantes, las descuiden el dia de hoy hasta el punto de ignorarlas. ¡Qué cuenta tendrán que dar á Dios de una negligencia tan irreligiosa! En Francia se designaban antiguamente dos padrinos y una madrina para un niño, y dos madrinas y un padrino para una niña; mas en el dia el uso universal en la Iglesia es el de designar solo una madrina y un padrino.

Instruido ya el sacerdote por el padrino ó la madrina del nombre que se le quiere poner al niño que debe ser bautizado: *¿Qué pides, le dice, á la Iglesia?*—*La fe*, responde el padrino por el niño. No quiere Dios en su servicio gentes que le sirvan por fuerza; quiere que los que adopta por hijos suyos, le quieran de buena voluntad tener por padre; quiere, si, que se exhorte, que se solicite, hasta que se apremie, en cierto modo; pero no quiere abrir su casa sino á aquellos que desean y piden voluntariamente entrar en ella: dirígese siempre el sacerdote en esta ceremonia al que debe ser bautizado: él mismo es el que debe responder siendo adulto, y si es niño responden por él y en su nombre el padrino ó la madrina. *¿Y para qué debe servirte la fe que pides?* continua el sacerdote. *Para merecer la vida eterna*, responde el padrino ó la madrina. *La vida eterna*, repone el sacerdote, *es esta: amarás al Señor tu Dios de todo tu corazon y de toda tu alma, y á tu prójimo como á ti mismo; este es el primero y el mayor de los mandamientos.* Como si dijera, no basta simplemente tener fe para merecer la vida eterna. En nuestra religion es necesario creer, y es necesario al mismo tiempo obrar conforme á lo que se cree. La fe de un cristiano no debe ser puramente especulativa, debe ser práctica. Para merecer la vida eterna es preciso creer sus misterios, seguir su moral, y guardar sus mandamientos. Ahora bien, toda la moral cristiana se contiene en este precepto, que es la base y el compendio de todos los demás: amarás al Señor tu Dios; no á medias y con reserva: Dios no quiere un corazon dividido, sino que quiere que le amemos con todo nuestro corazon; esto

es, sin division: que le amemos con toda nuestra alma; esto es, que le amemos solo á él con un amor de preferencia, que no amemos á ninguna criatura como á él, ni con él; que amemos á nuestro prójimo como á nosotros mismos, pero por amor de él. El amor que nos tenemos á nosotros mismos debe ser la medida del que debemos tener á nuestro prójimo, y de la observancia de este doble mandamiento depende la observancia de todos los demás, así que, es el primero y el mas grande de todos; y para dar á entender el valor de esta primera leccion, el sacerdote repite tres veces estas importantes palabras: *La vida eterna es esta: amarás al Señor tu Dios de todo tu corazon y de toda tu alma, y á tu prójimo como á ti mismo; este es el primero y el mayor de los mandamientos.*

En seguida el sacerdote sopla tres veces sobre el niño que debe ser bautizado, diciendo en cada una de ellas: *Sal de esta alma, espíritu inmundo, y cede el lugar al Espíritu Santo, nuestro consolador, nuestro abogado, nuestro maestro.* Esta ceremonia de soplar tres veces sobre el niño en honor de la santísima Trinidad, se hace, dice S. Agustin, para arrojar al demonio por la virtud del Espíritu Santo, que se llama sopro de Dios; sopla en forma de cruz, para denotar que debe ser arrojado el demonio por los méritos de Jesucristo crucificado.

No es menos misteriosa la ceremonia que sigue á esta. Hace el sacerdote la señal de la cruz sobre la frente y sobre el pecho del niño, nombrándole por su nombre, diciendo estas palabras: *Recibe el sello de Dios Padre omnipotente, sobre la frente y sobre el corazon, á fin de que cumplas todos sus mandamientos, y guardes todos sus preceptos.* Despues soplando tres veces sobre el rostro del niño, le dice: *Otra vez sopro sobre ti, catecúmeno, en virtud del Espíritu Santo, á fin de que todo lo que hay en tí de vicioso y corrompido, por la invasion de los espíritus malignos, quede enteramente purgado por la virtud y la gracia de este divino espíritu, y por el misterio de este exorcismo.*

Dignaos, Señor, por vuestra bondad, continua el sacerdote, oir benignamente nuestras oraciones, y tomar bajo de vuestra proteccion al que habeis elegido por uno de vuestros hijos; conservadle por la virtud de la cruz del Señor, cuya señal acabamos de imprimirle, para que al paso que crezca en edad, conservando siempre cuidadosamente estas primeras prendas que le dais de vuestra gloria, merezca llegar á la gloria de la espiritual regeneracion por la exacta observancia de vuestros mandamientos. Por Jesucristo nuestro Señor.

Déjase ver fácilmente que la cruz que se hace en la frente del que debe ser bautizado significa que un cristiano léjos de avergonzarse de la cruz de Jesucristo, debe por el contrario preciarse de ella, poner su gloria en las humillaciones y en los sufrimientos, para asemejarse mas á este divino modelo; avergonzarse de la cruz, es avergonzarse de ser cristiano. Hácese tambien la señal de la cruz sobre el corazon para dar á entender que un cristiano debe amar la cruz, debe poner toda su confianza en Jesucristo crucificado, y que no le basta llevar la cruz en la frente, sino que es menester que ella sirva de freno á todas sus pasiones, que sazone tambien sus placeres, y que el amor de la cruz sea el contraveneno del amor propio. Todas las demás señales de la cruz que el sacerdote hace sobre la persona del que se quiere bautizar, significan que el bautismo adquiere toda su virtud y toda su fuerza de la cruz de Jesucristo, y de los méritos de su pasion. Se le da el nombre de un santo, el cual por este hecho se le constituye su protector particular despues de Jesucristo, y que al mismo tiempo debe ser su modelo. Hácense sobre los que deben ser bautizados muchos exorcismos para arrojar al demonio, bajo de cuya potestad se hallan por el pecado original, dicen S. Cipriano, S. Agustin y S. Gregorio de Nacianzo; y si se hacen estos mismos exorcismos sobre aquellos á los cuales no hay mas que suplir las ceremonias del bautismo, no obstante que ya no están bajo la potestad del demonio, puesto que han sido bautizados, es para impedir que se acerquen á ellos y les dañe; lo cual hace ver de cuanta consecuencia son estas santas ceremonias.

Como en los primeros siglos de la Iglesia cuasi no se bautizaban mas que adultos, se tenia gran cuidado de preparar para el bautismo, por medio de repetidas instrucciones, las personas racionales que pedian este sacramento. Llamábaseles los catequizados ó catecúmenos á causa de estas instrucciones: la palabra catecúmeno es una voz griega que significa una persona que se instruye y se catequiza. Habia propiamente dos especies de catecúmenos, á saber, los que eran solamente *oyentes*, que era el nombre que se les daba; y los que estaban ya suficientemente instruidos, á los cuales se les llamaba *competentes*. No solamente se distinguian los catecúmenos por el nombre, sino tambien por el lugar: colocábanse con los penitentes en el pórtico que estaba al extremo opuesto del coro ó del santuario. No se les permitia tampoco asistir á la celebracion de la Eucaristía. Despues de las oraciones y el sermon, les intimaba un diácono que se retirasen, diciéndoles: *Idos, catecúmenos, concluyóse*

para vosotros. No se quería que fuesen testigos de los sagrados misterios, porque no estando bautizados ni habiendo recibido el Espíritu Santo, no eran capaces de comprenderlos, y porque se les quería conducir á esta comprension por grados. Dábase parte del pan bendito á los catecúmenos, para que así tuviesen una especie de comunión con los fieles. La Iglesia en el día dirige esta palabra á los niños que son presentados al bautismo, lo mismo que á los adultos que le piden: á escepcion de la instruccion, de que los niños son incapaces, las mismas ceremonias se practican con los adultos que con los niños. Volvamos, pues, á las ceremonias del bautismo.

Después de los exorcismos sobre el que debe ser bautizado, le pone el sacerdote sal en la boca, diciendo estas palabras: *N.* (aquí el nombre del que se bautiza) *recibe la sal de la sabiduría que te sirva para llegar á la vida eterna. Amen.* Jesucristo ha querido que todos los sacramentos fuesen signos sensibles de la gracia interior é invisible que producen en el alma del que los recibe; y la Iglesia animada del espíritu de Jesucristo, ha cuidado de que todas las sagradas ceremonias que acompañan á los sacramentos fuesen tambien símbolos sensibles. Es el símbolo un signo y una especie de emblema ó representacion de alguna cosa moral, indicada por las imágenes ó propiedades de las cosas naturales. La propiedad principal de la sal es que no teme corrupcion alguna, y aun preserva de ella las viandas que con ella se sazonan; y sirve maravillosamente para darlas gusto, por lo cual es el símbolo de la sabiduría. Pone, pues, el sacerdote sal en la boca del que va á bautizar, para significar la verdadera sabiduría, que es la ciencia de la salud, el gusto de las cosas del cielo, la incorruptibilidad de las costumbres que la Iglesia pide por ellos, y que deben ser inseparables de la vida cristiana, y por esto, dice S. Agustin, emplea la Iglesia la sal en esta ceremonia.

Dios de nuestros padres, Dios autor y origen de toda verdad, os suplicamos humildemente, dice el sacerdote, que os dignéis mirar con ojos favorables á vuestro siervo, á fin de que, habiendo gustado por la primera vez este misterioso alimento de sal, no permitais que sufra largo tiempo la hambre del alimento celestial. Haced, Señor, que toda su vida sea su espíritu fervoroso, que se alegre con la esperanza, y que jamás se desmienta á sí mismo en vuestro servicio; y dispensadle la gracia de que llegue á las sagradas fuentes de la regeneracion, á fin de que con todo el resto de los fieles merezca recibir la eterna recompensa que nos habeis prometido. Por Jesucristo nuestro Señor. Amen.

Habiendo en seguida recitado el sacerdote aquel pasaje del Evangelio, segun S. Mateo, donde se dice, que habiendo sido presentados al Salvador unos niños para que sobre ellos impusiese sus manos y orase, les echaban fuera los discipulos, pero Jesus les dijo: *Dejad esos niños, y no les impidais que vengan á mí, porque el reino de los cielos pertenece á los que se parecen á ellos; y después de haber puesto las manos sobre ellos se salió de aquel lugar: habiendo, pues, recitado el sacerdote este pasaje del Evangelio, introduce al catecúmeno ó al niño en la iglesia, diciendo: (aquí el nombre del que se bautiza) entra en la casa del Señor; su ministro es el que te lleva á su presencia, para que tengas la vida eterna. Amen.*

Dice luego el sacerdote la oracion Dominical, y recita el Símbolo, que rezan con él el padrino y la madrina en nombre del niño: el Símbolo, porque la Iglesia no recibe al bautismo sino aquellos que hacen profesion de creer en Jesucristo, y de vivir en la fe de la Iglesia; la oracion Dominical, porque la Iglesia quiere asegurarse de que aquellos que recibe en el número de sus hijos, se servirán toda su vida de esta fórmula de oracion que Jesucristo mismo nos ha enseñado. Adviértase que al tiempo mismo que se introduce al catecúmeno en la iglesia es cuando se va rezando el Símbolo, para denotar que solo la profesion de la verdadera fe es la que puede merecernos la entrada en la Iglesia, la gracia del bautismo, y por fin la eternidad bienaventurada. Aquí el sacerdote tomando con el dedo pulgar un poco de saliva, toca con ella las orejas y las narices del niño, diciendo aquella palabra siriaca ó caldaica, de que se sirvió Jesucristo para curar á un hombre sordo y mudo: *Ephpheta: sean abiertas tus orejas á la doctrina de Jesucristo, y tus narices para que sientas el buen olor.* La Iglesia, dice S. Carlos, pide que aquel que va á ser bautizado oiga la voz de Dios y sus mandamientos, á fin de que esta divina doctrina que el Señor nos ha enseñado, entrando por sus oidos, pase á su corazon, y sienta en él su dulzura. Pide tambien que sepa discernir el buen olor del malo, esto es, la sana doctrina de la que está corrompida; la una y la otra entra por los oidos, y es muy interesante tener este discernimiento. Para significar esta doble gracia, se hace esta santa ceremonia sobre el órgano del oido y el del olfato.

Como por la gracia del bautismo nos admite Dios en su servicio, nos adopta por hijos suyos, y nos da derecho á su herencia, no quiere dispensar esta gracia tan singular sino con ciertas condiciones, las cuales son: el renunciar á Satanás, á su espíritu, á sus pompas y á sus obras; crear el misterio adorable de la Tri-

nidad, el de la Encarnacion, de la Pasion de Jesucristo, de su Resurreccion y de la Eucaristia; en una palabra, todo lo que cree la Iglesia católica, apostólica, romana. El bautismo, dicen los padres, es un empeño reciproco en que se obligan Dios y el hombre. ¿Renuncias á Satanás? dice el sacerdote al niño, nombrándole por su nombre, y él responde, renuncio; esto es, yo declaro que desde ahora y para siempre abandono el partido del demonio, y no quiero ya nunca pertenecer á su servicio. ¿Renuncias á sus obras, es decir, á todos los pecados?—Renuncio.—¿Renuncias á las pompas del demonio, esto es, á las vanidades, al espíritu y á las máximas del mundo?—Sí, renuncio de todo mi corazon, y este empeño solemne, estas promesas las hago á la faz de la Iglesia; como si dijera: Pongo por testigo al cielo y á la tierra de que no quiero servir toda mi vida mas que á Jesucristo. Quiero guardar sus mandamientos; no trato de seguir mas que sus máximas; prometo que su Evangelio será la regla de mi conducta; miraré con horror, mientras me dure la vida, el espíritu y las máximas del mundo; me someto á creer todos los misterios que Jesucristo ha revelado; quiero seguir sus máximas y sus ejemplos; me coloco en el número de sus discípulos, á él es á quien tomo por maestro, y no quiero en adelante amar ni servir mas que á él. Esto es lo que todos los cristianos han prometido y jurado solemnemente á la faz de los altares y de toda la Iglesia, y sobre esto serán juzgados. Todos los cristianos están ligados á una promesa tan solemne. ¡Y cuántos mueren sin haber pensado en ello, y sin haberlo jamás ratificado! sin embargo, esta obligacion y estas promesas deben decidir de nuestra suerte eterna.

Hechas todas estas promesas, unge el sacerdote con el óleo sagrado de los catecúmenos el pecho y las espaldas del que va á bautizar, diciendo: *Yo te unjo con el óleo de salud en Jesucristo nuestro Señor, para que tengas la vida eterna.* Esta unción se hace en forma de cruz, y significa la gracia que fortifica al cristiano en los trabajos y los combates de la vida espiritual; y que le endulzan, dice S. Cirilo, el yugo de Jesucristo á que se somete. Esta unción sagrada, dice S. Ambrosio, indica que por el bautismo empezamos á ser como atletas de Cristo. Ungiense los atletas con aceite para combatir en los juegos públicos, y esta unción les servía para la victoria. Por esto, dice S. Carlos, nos enseña la Iglesia que no obtenemos la gracia del bautismo por nuestros méritos, sino por un puro beneficio de la misericordia de Jesucristo. Son bien sabidas las propiedades del aceite; sirve de remedio para las llagas, suaviza é ilumina; todo esto nos da

á entender el misterio de esta unción. En fin, despues de haber preguntado al que va á ser bautizado si cree en Dios Padre todopoderoso, criador del cielo y de la tierra; en Jesucristo su único Hijo nuestro Señor, que ha nacido y padecido por nuestra salud; en el Espíritu Santo, en la santa Iglesia católica, la comunión de los santos, la remisión de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna; y despues de haber respondido á todos estos artículos, *Creo*; se le pregunta si quiere ser bautizado, pues que la Iglesia no concede el bautismo sino á los que le desean y le piden: habiendo respondido el catecúmeno, ó el padrino ó la madrina en nombre del niño, *quiero*, el sacerdote le bautiza en la forma ordinaria, diciendo: *Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.* Despues haciendo la unción del santo crisma en forma de cruz con el dedo pulgar sobre la cabeza del que acaba de ser bautizado, hace esta oración: *Dígnese el Dios omnipotente, padre de nuestro Señor Jesucristo, que te ha reengendrado por el agua y el Espíritu Santo, y que te ha perdonado y remitido todos tus pecados, concederte la unción del santo crisma y del óleo de salud para que consigas la vida eterna. Amen.* Hácese esta unción en la cabeza del nuevo bautizado, para significar que el bautismo le hace en alguna manera, segun la espresión del Apóstol, miembro de una nación escogida, de un pueblo santo, y del real sacerdocio: como si le dijese: Tienes derecho para ofrecer á Dios hostias puras y santas; tus votos, tus oraciones, tus obras de misericordia y de penitencia son otros tantos sacrificios de alabanza y de acciones de gracias que ofrezcas al Señor, segun la espresión del profeta. Tú eres de una estirpe real, puesto que, en calidad de cristiano, participas del reinado de Jesucristo, y debes reinar con él en su reino en la mansion de la gloria. San Carlos alega tambien otra razon de esta unción que se hace en la cabeza del nuevo bautizado, á fin, dice, que sepa que desde aquel dia ha sido unido por el bautismo á Jesucristo su cabeza, en cualidad de miembro de su cuerpo místico; y que así como la palabra Cristo significa el unguento del Señor, que procede tambien de la palabra crisma, del mismo modo la palabra cristiano se deriva de la de Cristo.

La antigüedad de estas unciones aparece por toda la tradicion. Todo lo que la Iglesia consagra á Dios de un modo particular, lo consagra por la unción de los santos óleos y del santo crisma. Los cristianos, pues, están enteramente consagrados á Dios, dicen los padres, por estas unciones. Son templos de Dios, y por consiguiente deben corresponder por la santidad de su vida á la

santidad de esta consagracion. Pónese un lienzo blanco sobre la cabeza del nuevo bautizado, diciendo: *Recibe este vestido blanco, esta ropa santa y sin mancha, para que la lleves delante de nuestro Señor Jesucristo, á fin de que, conservando hasta el fin la inocencia de que ella es el símbolo, obtengas la vida eterna. Amen.*

Dábanse en otro tiempo vestiduras blancas á los nuevos bautizados, lo cual se hace todavía hoy cuando se bautizan adultos, para denotar la inocencia que se había recibido en el bautismo; y los llevaban por espacio de siete dias, para significar que un cristiano debe conservar esta inocencia toda su vida y no perderla jamás por el pecado. El lienzo blanco que en el dia se pone sobre la cabeza del niño que se ha bautizado, dice S. Ambrosio, equivale á aquellas vestiduras. En fin, dásele un cirio encendido al nuevo bautizado, para enseñarle que habiendo recibido la luz de la fe, debe cuidar mucho que no se estinga, y que él mismo debe ser, por decirlo así, una luz que arda y que luzca por el resplandor de sus virtudes, y por el ardor de su caridad. *En otro tiempo erais las tinieblas mismas*, decia S. Pablo á los fieles de Efeso; *ahora sois la luz en nuestro Señor. Caminad como hijos de la luz.*

Puede venirse en conocimiento de la antigüedad de las ceremonias que preceden, que acompañan y que siguen al bautismo, por la autoridad de Tertuliano, de S. Basilio, de S. Ambrosio, de S. Agustín y de todos los Padres de la primera edad de la Iglesia, que las refieren todas como un ejemplo de las cosas que hemos recibido por tradicion de los mismos apóstoles. ¿Será, pues, excusable la ignorancia de los fieles sobre unos puntos tan interesantes, que pueden llamarse los rudimentos de nuestra religion? Las personas verdaderamente cristianas no dejan de celebrar todos los años el aniversario del dia de su bautismo, y de renovar con nueva devocion los votos y las promesas que hicieron en él.

Como el Evangelio de la misa de este dia refiere el segundo milagro de la multiplicacion de siete panes y unos pocos peces, semejante poco mas ó menos al primero de la multiplicacion de cinco panes de cebada, referido en el cuarto domingo de cuaresma, nos remitimos á la esplicacion del Evangelio de aquel dia, para no hacer demasiado larga la historia de este.

La oracion de la misa de este dia es como sigue:

Deus virtutum, cujus est to- Dios de las virtudes, de quien

